



ELKARRIZKETA



KOLDO UNCETA

“El bienestar humano
no pasa por producir más,
sino por vivir mejor”

ENRIQUE SANTARÉN. FOTOGRAFIA: TXETXU BERRUEZO

Catedrático jubilado de Economía Aplicada de la UPV/EHU y fundador de Hegoa, el Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional del que fue director entre 1987 y 2000, Koldo Unceta (Donostia, 1954) ha dedicado gran parte de su actividad al análisis de las políticas sobre desarrollo humano, sostenibilidad, cooperación internacional y globalización. Es uno de los intelectuales que con mayor conocimiento y rigor disecciona y evalúa la economía internacional y las consecuencias de los sistemas y procesos económicos en el ser humano, en las sociedades y en el planeta. Muy crítico con la sociedad de mercado, aboga por grandes cambios y alternativas hacia la desmercantilización y el postcrecimiento, con nuevos modelos de producir y de consumir sostenibles y compatibles con el “buen vivir”.

La pandemia de covid-19 ha generado una profunda crisis sanitaria, social y económica. ¿Cuáles han sido las consecuencias más graves en cada uno de estos aspectos?

En mi opinión, la pandemia ha puesto blanco sobre negro algo que veníamos diciendo desde hace bastante tiempo: Que el sistema se ha instalado en una creciente incertidumbre, que hay demasiadas cosas fuera de control, que los mecanismos de gobernanza global han fracasado, y que cualquier elemento aparentemente anecdótico, como es la aparición de un virus, puede ponerlo todo patas arriba. No es sólo que los sistemas sanitarios han mostrado todas sus limitaciones e ineficiencias, sino que, como señalan todos los expertos, también la salud mental de la población se ha visto gravemente dañada. Por su parte, el sistema productivo, y la actividad económica en general, han visto que no podemos seguir concibiendo la economía como un sistema cerrado, al margen de lo social, o lo ambiental, comprobando cómo un virus puede alterar decisivamente el funcionamiento de todo el sistema, agravando los problemas que ya veníamos arrastrando, como la creciente desigualdad o la insostenibilidad.

Se dice que el virus ha acentuado las tendencias del modelo económico y ha roto sus costuras. ¿Tan frágil es el sistema, aparentemente muy sólido?

Efectivamente, como acabo de señalar, el modelo económico dominante se ha ido consolidando en base a unas señas de identidad que lo han dotado de una creciente inestabilidad y fragilidad. Entre ellas cabe destacar el acelerado proceso de mercantilización de todas las actividades económicas que ha afectado hasta los últimos rincones de la vida humana. Ámbitos que en otros momentos habían permanecido, siquiera parcialmente, protegidos o amparados por las instituciones públicas y funcionado en base a criterios relacionados con el bien común, han ido poco a poco siendo engullidos por un mercado crecientemente desregulado, que lo devora todo, y que funciona al margen de otro tipo de consideraciones, lo que constituye una fuente de inestabilidad permanente.



Esta crisis ha venido después de que se empezara a ver la luz tras la gravedad de la anterior crisis derivada de la ‘gran recesión’. ¿Qué se hizo mal en la salida de esa situación? Entonces se llegó a plantear, una vez más, una reinención del capitalismo. ¿Qué fue de aquello?

La crisis financiera de 2008 se cerró en falso. En los momentos más complicados, cuando no se vislumbraba una salida, se llegó a hablar, efectivamente, de una refundación del capitalismo. Parecía que volvíamos a planteamientos de mayor regulación, y ciertamente en el sector financiero se han adoptado algunas medidas, pero en general las cosas siguen como estaban. Por ello, no es extraño que, de tanto en tanto, resurja el miedo y la inestabilidad, o que un virus como el Covid pueda poner en evidencia las grandes limitaciones del modelo.

¿Es correcta la dicotomía que se ha planteado entre salud y economía? Dicho de otra forma, ¿hay salud sin economía y economía sin salud?

La economía no es otra cosa que la correcta administración y gestión de los recursos con los que contamos para alcanzar unos objetivos que se supone son comunes a todos. Y entre esos objetivos es evidente que la salud de la gente destaca por encima de todos los demás. Una sociedad de gente enferma no tiene futuro. Por lo tanto, es claro que la organización de la actividad económica debe llevarse a cabo de manera que, entre otras cosas, se priorice y se proteja la salud de la gente. No tendría sentido

organizar las actividades económicas de manera que éstas dieran como resultado un empeoramiento de la salud colectiva, aunque desgraciadamente estamos viendo muchos casos en los que ese es el resultado.

En 2015 las Naciones Unidas aprobaron la Agenda 2030 con los denominados Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que sustituían a los anteriores Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) y que se presentaron como una ambiciosa hoja de ruta para acabar con la pobreza y el hambre, combatir las desigualdades, construir sociedades más justas, pacíficas e inclusivas, promover la igualdad entre géneros y empoderar a las mujeres y niñas y proteger el planeta frente al desastre medioambiental. ¿Qué valoración haría de esta Agenda y estos objetivos?

La definición y aprobación de los ODS por parte de Naciones Unidas representó sin duda un importante paso adelante respecto al tipo de planteamientos y de objetivos que se habían venido formulando con anterioridad. Se trata de un conjunto de metas, a alcanzar de cara a 2030, que tienen que ver con distintos aspectos como la pobreza, la salud, la educación, el medio ambiente, la equidad de género, el empleo, las desigualdades y otros. Los ODS representan un planteamiento ambicioso, aunque adolecen de propuestas y de mecanismos concretos para poder ser llevado adelante. Es decir, la llamada comunidad internacional se comprometió genéricamente a alcanzar unos objetivos, pero no se definieron las herramientas o las vías por las que transitar para poder lograrlos.

“LA PANDEMIA HA PUESTO EN EVIDENCIA QUE NO PODEMOS SEGUIR CONCIBIENDO LA ECONOMÍA COMO UN SISTEMA CERRADO, AL MARGEN DE LO SOCIAL, O LO AMBIENTAL, COMPROBANDO CÓMO UN VIRUS PUEDE ALTERAR EL FUNCIONAMIENTO DE TODO EL SISTEMA, AGRAVANDO PROBLEMAS COMO LA CRECIENTE DESIGUALDAD O LA INSOSTENIBILIDAD”

Se consideró que los ODM -antecedente de los ODS- contribuyeron a sacar a millones de personas de la pobreza. ¿Es así? En cualquier caso, ¿en qué campos lograron avances?

Hay que tener en cuenta que los ODM, a diferencia de los ODS, eran unos objetivos centrados principalmente en la superación de la pobreza y la privación extremas. Y efectivamente, se lograron notables progresos tanto en la reducción del número de personas que vivían en la pobreza extrema como en otros aspectos como la escolarización de niñas, etc. Sin embargo, las estadísticas resul-

“UNA SOCIEDAD DE GENTE ENFERMA NO TIENE FUTURO. LA ORGANIZACIÓN DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA DEBE LLEVARSE A CABO DE MANERA QUE, ENTRE OTRAS COSAS, SE PRIORICE Y SE PROTEJA LA SALUD DE LA GENTE”

tan bastante engañosas, ya que la mayor parte de esa reducción de la pobreza extrema se produjo en algunos países de Asia y, de manera muy especial, en China. En otras zonas del mundo los avances fueron mucho menores y se registraron algunos retrocesos. Es decir, que si sacamos a China de la foto, el resultado habría sido otro muy distinto.

Por otra parte, a la hora de hacer balance de los ODM, se vio que los grandes problemas del mundo no requerían sólo de cambios y avances en los países más pobres, sino que era necesario cambiar muchas cosas en países de los que solemos llamar desarrollados. Y ese cambio de percepción fue en buena medida el que se plasmó en los ODS que, a diferencia de los ODM, plantean metas y objetivos que deben ser tenidos en cuenta por todo tipo de países.

Transcurridos ya seis años desde que se aprobaron los ODS, ¿qué balance cabe hacer sobre los mismos?

Aunque las diferencias entre unos y otros países son muy notables, cabría señalar que, en algunas de las grandes cuestiones planteadas, como el empleo, el medio ambiente, o las desigualdades, los avances logrados han sido más

bien exigüos. Es verdad que en algunas zonas han mejorado las cifras en indicadores relativos a algunas de las metas establecidas, como la salud neonatal e infantil, el acceso a la electricidad y otras fuentes de energía, o la presencia de las mujeres en algunas esferas, pero no es menos cierto que en los últimos años ha vuelto a aumentar la pobreza y la desigualdad, que el hambre sigue constituyendo una amenaza, que se ha producido un deterioro de muchas infraestructuras educativas, que la situación medioambiental sigue empeorando en muchos aspectos, o que el trabajo precario sigue estando a la orden del día. Algunos informes señalan que la pandemia ha resultado determinante a la hora de explicar algunos retrocesos. Ahora bien, sin negar que ello pueda ser cierto, lo que eso muestra es la incapacidad de los gobiernos de la mayoría de países para evitar que la pandemia se cebase en los sectores más desfavorecidos, sea afectando directamente a la salud, sea indirectamente a través del empleo, la educación, el deterioro medioambiental o el acceso a los alimentos.

En relación con esto último, muchos piensan que la pandemia ha puesto sobre la mesa o ha recrudecido la necesidad de un nuevo modelo económico y social más centrado en las personas que en los mercados o en el dinero. ¿Cómo podría articularse ese modelo?

Efectivamente la pandemia ha puesto en evidencia muchas cosas, pero ya antes de ella venía hablándose de la cuestión del modelo. Los propios ODS reclaman un modelo de producción y consumo responsable como condición para poder avanzar. En mi opinión no se trata de construir un modelo teórico que dé respuesta a todos los problemas que tenemos delante, pero sí cabría apuntar algunos requisitos que habría que tener en cuenta. Por ejemplo, limitando la esfera de lo mercantil a aquellos ámbitos y actividades en los que el mercado pueda ser más eficiente, preservando otras esferas en las que el bien común, y no el lucro, sean el objetivo principal. Por ejemplo, descentralizando la actividad económica, de manera que no puedan conformarse grupos financieros o empresariales cuya capacidad y margen de actuación sea mayor que la de la mayoría de los gobiernos. Por ejemplo, exigiendo una mayor eficiencia ecológica y energética mediante la menor utilización de materiales

y energía por unidad de producto; por ejemplo, mediante una legislación laboral que acabe con el trabajo precario y permita ingresos dignos para todas las personas; por ejemplo, mediante un replanteamiento responsable del consumo, que promueva el acceso a lo verdaderamente necesario en lugar de estimular el consumo superfluo; por ejemplo, mediante una reforma que ponga el sistema de cuidados en el centro, que es tanto como decir que la organización de la actividad económica esté al servicio de las personas y no al revés. Son muchas las cuestiones que pueden plantearse para avanzar hacia otro modelo más justo y más sostenible.

¿Es factible a nivel global?

Bueno, es evidente que existen numerosas dificultades y que hay intereses muy importantes que pugnan para mantener el actual estado de cosas en el que algunos logran pingües beneficios a costa del bienestar de la mayoría y del futuro del planeta. Y, por otra parte, los cambios necesarios no pueden plantearse de un día para otro. Es necesario por ello abordar la problemática de las transiciones, de los necesarios períodos de tiempo para ir cambiando, para transitar desde el modelo actual hacia otras formas de producir y de consumir. Algunos cambios van a requerir medidas compensatorias de diverso signo durante períodos más o menos largos. No podemos cerrar sectores económicos enteros de la noche a la mañana sin ofrecer compensaciones a las personas que trabajan en ellos. El cambio no va a ser gratis. Pero el coste de no cambiar es aún mucho mayor, pues hemos llegado a donde nunca teníamos que haber llegado. A mi modo de ver, la clave está en no seguir retrocediendo. Podemos dar pasos más o menos rápidos -aunque tampoco tenemos tanto tiempo- pero lo fundamental es ir avanzando de manera firme, sin nuevos retrocesos.

En relación con la cuestión de los modelos ¿puede hablarse de una economía o un modelo socioeconómico feminista? ¿qué características debería tener?

Una economía feminista es aquella que pone la equidad entre hombres y mujeres como un objetivo central del sistema y que, por lo tanto, es capaz de elaborar propuestas para que ello sea factible en los distintos campos. Para avanzar en esa dirección, lo primero que hay que hacer es visibilizar una parte fundamental de la actividad económica, que descansa principalmente sobre el trabajo de las mujeres, y que permanece oculta ya que no se contabiliza. Me refiero al trabajo doméstico y, en general, a una parte de la economía de los cuidados que no se contabiliza ni forma parte del PIB, en la medida



“HOY EN DÍA TENEMOS MUCHAS SEÑALES, TANTO SOCIALES COMO MEDIOAMBIENTALES, QUE NOS HABLAN DE LA INSOSTENIBILIDAD DEL ACTUAL MODELO BASADO EN EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y ES NECESARIO UN GRAN CAMBIO CULTURAL PARA ABANDONAR ESE CAMINO”

en que no está monetizada. Y a renglón seguido habría que organizar el conjunto de las actividades de manera que los trabajos del hogar y los trabajos de cuidados puedan conciliarse con el trabajo productivo en otros sectores y, al mismo tiempo, que se repartan adecuadamente entre hombres y mujeres. Sería preciso asimismo acometer toda una serie de reformas legales que hoy en día discriminan a las mujeres, especialmente en el ámbito laboral y salarial, acabando con los famosos techos de cristal o con las trabas para poder afrontar la maternidad de manera libre y responsable.

“SEIS AÑOS DESPUÉS DE LA APROBACIÓN DE LOS OBJETIVOS DE DESARROLLO SOSTENIBLE Y PESE A ALGUNOS AVANCES, SE HA DEMOSTRADO LA INCAPACIDAD DE LOS GOBIERNOS DE LA MAYORÍA DE PAÍSES PARA EVITAR QUE LA PANDEMIA SE CEBE EN LOS SECTORES MÁS DESFAVORECIDOS”

¿Cree que el modelo basado en el desarrollo y el crecimiento casi ilimitados es incompatible con el progreso humano, el bienestar o lo que suele denominar buen vivir?

No, es evidente que los recursos de la tierra son finitos y, por lo tanto, el crecimiento económico no puede ser ilimitado. Es evidente que el bienestar humano no pasa por producir más, sino por vivir mejor. Ya Aristóteles señalaba que una vida buena no es necesariamente aquella en la que aumenta la riqueza material, sino aquella otra en la que las personas pudieran realizarse como tales. Hoy en día tenemos muchas señales, tanto sociales como medioambientales, que nos hablan de la insostenibilidad del actual modelo basado en el crecimiento económico y es necesario un gran cambio cultural para abandonar ese camino. Es preciso avanzar hacia nuevas formas de vida que sean más satisfactorias para las personas y que, al mismo tiempo, sean más sostenibles en el tiempo, de manera que no sigamos contribuyendo a destruir

los recursos con los que han de vivir las futuras generaciones.

Hay corrientes que abogan por el decrecimiento en contraposición a la obsesión por el aumento constante del PIB como indicador de la generación de riqueza.

¿Cree que el decrecimiento es un modelo alternativo válido y sostenible?

A la hora de responder a esta cuestión, es preciso tener en cuenta que el PIB es un indicador monetario. Es decir, que mide el crecimiento de la producción, pero lo hace en función del valor que ésta adquiere en el mercado, medido en dólares o en euros, y no del valor real que tiene en la vida de la gente, de la satisfacción que proporciona o de las necesidades humanas que cubre. Por consiguiente, hay actividades esencialmente improductivas, como la producción de armamentos, que forman parte del PIB, mientras que otras que resultan fundamentales para la vida humana no se contabilizan dentro del mismo. Del mismo modo, hay actividades que generan mucha destrucción y que sin embargo se contabilizan como generadoras de riqueza. Con todo esto quiero decir que el PIB no puede seguir siendo una referencia, ni para plantear que aumente, ni para abogar por su retroceso. Existen numerosos ejemplos de países en los que el PIB por habitante ha retrocedido, sin que ello haya representado una disminución de la pobreza o de la desigualdad, o una mayor sostenibilidad. Por tanto, si lo que se plantea con la idea del decrecimiento es la necesidad de no seguir la senda actual, de no continuar con un modelo insostenible e indeseable, podría estar de acuerdo. Pero si lo que se quiere señalar es que debe disminuir el PIB por habitante como indicador de que las cosas van a mejor, pues me parece que las cosas no van por ahí. Desde mi punto de vista, la clave está en entrar en una senda de postcrecimiento, que deje de lado la obsesión por el crecimiento, pero que no caiga en el error de hacer del PIB por habitante un fetiche al que agarrarse en un sentido o en otro. Teniendo en cuenta todo lo expuesto, creo que el término decrecimiento es confuso y que sería mejor abogar por un nuevo escenario de postcrecimiento.

Todas las crisis tienen un efecto devastador sobre el empleo, y la pandemia lo ha recrudecido. ¿Es el momento de replantearse también en serio un modelo alternativo en este terreno, por ejemplo, rebajando la jornada laboral y/o mediante el reparto del empleo?

Hace ya tiempo que el sistema viene dando muestras de agotamiento en este terreno. Por un lado, los procesos de automatización están destruyendo millones de empleos en todo el mundo, como se ha encargado de señalar la OIT. Por otra parte, la precarización del empleo,

favorecida por la desregulación del mercado de trabajo, ha dado como resultado que tener un empleo ya no es garantía para poder llevar una vida digna. Como consecuencia de todo ello,

se hacen necesarios grandes cambios en la organización del proceso de trabajo,

pero también fuera del mismo. En el ámbito laboral,

efectivamente, son necesarias medidas de reparto del empleo existente y reducción del tiempo de trabajo,

permitiendo de paso una mejor conciliación,

así como reformas que impidan la actual precariedad. Y al mismo tiempo,

fuera del ámbito estrictamente laboral, hace falta dar pasos en otros asuntos

como el ingreso mínimo vital y otros que garanticen a todas las personas unos medios de vida dignos con independencia de que tengan o no un empleo.

El cambio climático es uno de los mayores desafíos de la humanidad a nivel global. ¿Es la crisis climática el paradigma de la crisis del sistema desarrollista?

Sin duda. El cambio climático es la mejor y la más peligrosa expresión de la insostenible

presión a la que hemos sometido al mundo físico, a la naturaleza, en nuestro afán por convertirlo todo en mercancías al servicio de un crecimiento económico que, como ya he señalado, es insostenible. El cambio climático muestra a las claras que la biosfera, el sistema físico, se ha visto profundamente alterada en su funcionamiento normal, lo que provoca cambios imprevisibles en el comportamiento de unos y otros fenómenos naturales. Además, al menos en el corto plazo, las consecuencias del cambio climático se van a ceban en los sectores más desfavorecidos, que son los que viven en situación de mayor precariedad y vulnerabilidad y, por lo tanto, los más expuestos a algunas catástrofes naturales.

Volviendo a la Agenda 2030 y a los ODS, el cumplimiento de estos objetivos implica a todos los países, también a Euskadi. ¿Cómo estamos avanzando en los objetivos? ¿Qué nota nos pondríamos en relación al resto de países?

Efectivamente, Euskadi, como todos los países y territorios del mundo debe avanzar hacia el cumplimiento de los ODS. Para ello se han desplegado diferentes esfuerzos institucionales y se han puesto en marcha algunas iniciativas como la Agenda Euskadi Basque Country 2030, o la Agenda multinivel de carácter interinstitucional. En ellas, los 17 Objetivos señalados por NN. UU. han sido adaptados convirtiéndolos en 15 Objetivos de país, que a su vez se concretan en muy diferentes compromisos, iniciativas e indicadores. A la hora de hacer una valoración de la estrategia creo que podrían diferenciarse dos planos: por un lado, está la propia elaboración de la Agenda Vasca, que en mi opinión podría haber sido más ambiciosa, ya que en buena medida se ha configurado en base a actuaciones que ya estaban en cartera

“HAY INTERESES MUY IMPORTANTES QUE PUGNAN PARA MANTENER EL ACTUAL ESTADO DE COSAS EN EL QUE ALGUNOS LOGRAN PINGÜES BENEFICIOS A COSTA DEL BIENESTAR DE LA MAYORÍA Y DEL FUTURO DEL PLANETA”

“EL CAMBIO NO VA A SER GRATIS, PERO EL COSTE DE NO CAMBIAR ES AÚN MUCHO MAYOR, PUES HEMOS LLEGADO A DONDE NUNCA TENÍAMOS QUE HABER LLEGADO. A MI MODO DE VER, LA CLAVE ESTÁ EN NO SEGUIR RETROCEDIENDO”

y que de algún modo encajan con los ODS, y no tanto planteando desde cero el debate sobre los cambios que deberían ser llevados a cabo en el conjunto de actuaciones del gobierno y las instituciones. Por otra parte, lo cierto es que la Agenda elaborada, con esas limitaciones ya señaladas, se está cumpliendo bastante bien y las iniciativas previstas se están llevando a la práctica en general.

¿Qué nos falta para alcanzar las metas establecidas?

Yo creo que, en Euskadi, como en otros países, nos falta llevar la Agenda 2030 al conjunto de actividades desarrolladas en nuestro territorio, con independencia de quien las lleve a cabo, sea el sector público, o sea el sector privado. Hace falta plasmar los ODS en los objetivos de cada institución, de cada empresa, de cada entidad del tercer sector. No basta con hacer programas de difusión de los ODS como hacen muchas instituciones y entidades públicas o privadas. Los ODS no se van a cumplir por mucha propaganda que se haga de los mismos. No basta con enumerar los Objetivos y decir “La empresa tal, o la institución cual, con los ODS”, como oímos muchas veces en cuñas publicitarias. Lo que hace falta es transformar la Agenda en propuestas concretas de cambio. Y ello pasa porque en cada empresa y en cada entidad se discuta sobre los ODS y se valoren los cambios necesarios para

cumplir realmente con los mismos en el plano medioambiental, en el plano laboral, en el plano de la equidad de género, y en tantos otros. Es necesario pasar de las palabras a los hechos. Limitar la propaganda y avanzar en las propuestas de cambio.

A primeros de noviembre se ha presentado, presidido por el lehendakari, el Foro Multiagente de Transición Social y Agenda 2030, con el objetivo de buscar la colaboración entre muy diversas entidades e instituciones de cara a impulsar los ODS como prioridad de país. ¿Qué crees que puede significar esta nueva instancia de cara a avanzar hacia los ODS?

En mi opinión, la creación de este foro representa una muy buena noticia, por lo que supone de reconocer que los ODS son responsabilidad de todo tipo de agentes y entidades, públicas y privadas, y que todas ellas tienen que coordinar y aunar esfuerzos para poder avanzar en la Agenda 2030. Ahora bien, como decía anteriormente, siendo importante la coordinación y la suma de esfuerzos, me preocupa más lo que cada agente por sí mismo está realizando para avanzar. Es importante sumar energías a partir de los esfuerzos ya realizados por cada institución y empresa. Sin quitar importancia a la elaboración de planes y declaraciones conjuntas, me preocupa que en ello puedan diluirse las responsabilidades individuales.

“EL TÉRMINO DECRECIMIENTO ES CONFUSO. LA CLAVE ESTÁ EN ENTRAR EN UNA SENDA DE POSTCRECIMIENTO, QUE DEJE DE LADO LA OBSESIÓN POR EL CRECIMIENTO, PERO QUE NO CAIGA EN EL ERROR DE HACER DEL PIB POR HABITANTE UN FETICHE AL QUE AGARRARSE EN UN SENTIDO O EN OTRO”

